

tónces en un valle rodeado de altas montañas y cuya entrada era muy estrecha, le respondió que le daba gracias por su aviso pero que no temia á su adversario y que le aguardaria; por último, la carta en que decia esto estaba llena de injurias contra Berenguer, y para remate el Cid rogaba á Mostain que tuviese la bondad de enseñársela al conde. Mostain obedeció, y entónces Berenguer, herido en lo más vivo, hizo escribir al Cid que tomaría venganza de sus ultrajes; «Tú has pretendido, le decia, que yo y los míos, somos débiles mujeres; si Dios nos ayuda, ya te enseñaremos hasta qué punto te has engañado!... Sabemos que las montañas, los cuervos, las cornejas, los gaviñanes, las águilas, casi todos los pájaros, en una palabra, son tus dioses y que tienes más confianza en sus augurios que en el socorro del Todopoderoso. (1) Nosotros por el contrario, creemos que no hay más que un solo Dios y que nos vengará de tí, haciéndote caer en nuestras manos. Mañana á los primeros rayos del sol nos verás á tu lado; si abandonas entónces tus montañas para venir á medir tus fuerzas con las nuestras en

(1) En la Cancion, Rodrigo vive tambien *de augurios*, como se decia entónces.

la llanura, te tendremos por Rodrigo el Batallador y el Campeador; pero si no vienes, te tendremos por traidor.... No te abandonaremos hasta que te tengamos en nuestro poder vivo ó muerto. Te trataremos de la manera como pretendes habernos tratado, *albarraz!* Dios vengará sus iglesias violadas y destruidas por tí.»

Habiendo oído la lectura de esta carta, Rodrigo le hizo responder al momento. «Sí, decía á Berenguer; te he llenado de injurias, pero hé aquí mis razones: cuando estabas con Mostain en Calatayud has dicho que por miedo á ti, no me habia atrevido á poner el pié en su territorio. Algunos de los tuyos, como Raimundo de Baran, han afirmado lo mismo al rey Alfonso, en presencia de caballeros castellanos; tú mismo, por último, tú has dicho al rey Alfonso en presencia de Mostain que me hubieras echado del territorio del Hagib-Mondhir, si me hubiese atrevido á esperarte, y además que no querias combatir con un vasallo del rey; hé ahí por qué te he dicho injurias: pues bien, ahora no tienes ya pretexto para no atacarme, por el contrario, tú te has hecho prometer una gruesa suma por el Hagib, y te has comprometido con él á arrojarme del país. Cumple tu palabra y ven á combatirme.»

si te atreves, Estoy en una llanura, la más vasta que se encuentra en esta comarca, y cuanto te vea te daré tu *sueldo*, como de ordinario.»

Exasperados y furiosos, Berenguer y sus catalanes juraron vengarse. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, ocuparon sin ser apercibidos, las montañas que rodeaban el campo de Rodrigo, y al despuntar el día se precipitaron de improviso sobre él. El ataque fué tan súbito que los soldados del Cid apenas tuvieron tiempo para armarse. Su jefe, que temblaba de indignacion y de rábía, los colocó en batalla sin perder un instante; luego llevándolos al combate, cayó sobre los primeros batallones enemigos y los destrozó; pero en lo más récio de la batalla se hirió gravemente cayendo de su caballo. Sus soldados no combatieron con ménos valor y habiendo conseguido la victoria, saquearon el campamento de los contrarios é hicieron prisionero al conde de Barcelona con cerca de cinco mil de los suyos, entre los cuales se encontraba Giraud de Alaman.

Berenguer se hizo conducir á la tienda del Cid y le pidió gracia; Rodrigo lo trató al principio con dureza, no permitiéndole que se sentase junto á él en su tienda, y ordenó á sus soldados que lo custodiasen fuera

del recinto del campamento; pero le suministró viveres en abundancia, así como á los demás prisioneros. Algun tiempo despues aceptó el rescate que le ofrecieron Berenguer y Giraud de Alaman, consistente en ochenta mil marcos de oro de Valencia. Los demás cautivos recobraron tambien la libertad prometiendole rescatarse; cuando estuvieron de vuelta en su pátria reunieron todo el dinero que pudieron, y no teniendo más, ofrecieron en rehenes á sus hijos y sus padres. Enternecido de esta desgracia, Rodrigo tuvo la generosidad de perdonarles su déuda (1).

Séanos permitido ahora por un momento abandonar los libros históricos y tomar de la cancion de *Gesta* un pasaje que se recomienda por su forma dramática y enérgica sencillez (2). Despues de haber contado que el conde de Barcelona, á quien dá el nombre de Raimundo, habia sido hecho prisionero, el autor continua en estos términos:

A Mio Çid don Rodrigo grant cozinal adobauan:
El conde don Remont non gelo preçia nada.
Aduzen-le los comeres, delant gelos parauan:
El non lo quiere comer, a todos los sosanaua.

(1) *Gesta*.

(2) Véase 1025 y siguientes.

Non combré vn bocado por quanto ha en toda Espanna:
Antes perderé el cuerpo e dexaré el alma,
Pues que tales mal-calçados me vencieron de batalla.
Myo Çid Ruy Diaz o'dredes lo que dixo:
Comed, conde, deste pan e beued deste vino.
Si lo que digo fizieredes, saldredes de cauiuo:
Si-non en todos uuestros dias non veredes christianismo.
Dixo el conde don Remont: comedé don Rodrigo, é pens-
[sedes de folgar,
Que yo dexar-me morir que non quiero çomer.
Flasta terçer dia nol pueden acordar.
Ellos partiendo estas ganancias grandes,
Nol pueden fazer comer vn muesso de pan.
Dixo Myo Çid: comed, conde, algo, ca si non comedes
[non veredes christianos;
Esi uos comieredes don yo sea pagado,
A uos e dos fijos dalgo quitar-uos he los cuerpos, e dar-
[uos e de mano.
Quando esto oyó el conde yas yua alegrando:
Si lo fizieredes, Çid, lo que auedes fablado,
Tanto quanto yo biua, seré dend marauillado.
Pues comed, conde, e quando fueredes iantado,
A uos e a otros dos dar-uos he de mano;
Mas quanto auedes perdido e yo gané en campo,
Sabet, non uos dare a uos vn dinero malo.
Mas quanto auedes perdido non uos lo daré:
Ca huebos me lo he e porá estos myos vasallos,
Ca conmigo andan lazrados, e non uos lo daré.
Prendiendo de uos e de otros yr-nos hemos pagando.
Abremos esta vida mientra ploguiere al Padre Sancto,
Commo qui yra a de rey e de tierra es echado:
Alegre es el conde e pidió agua a las manos,
E tiénen-gelo delant e diéron-gelo priuado!
Con los caualleros que el Çid lo auie dados

Comiendo va el conde, Dios, que de buen grado!
Sobrel sedie el que en buen ora nâsco
Si bien non comedes, conde, don yo sea pagado.
Aqui feremos la morada, no nos partiremos amos.
Aqui dixo el conde: de voluntad e de grado.
Con estos dos caualleros apriessa va iantando:
Pagado es Myo Çid que lo esta aguardandó,
Por-que el conde don Remont tan bien boluie las manos.
Si uos ploguiere, Mio Çid, de ir somos guisados,
Mandad-nos dar las bestias, e caualgaremos priuado;
Del día que fue conde non ianté tan de buen grado,
El sabor que dend é non será olvidado.
Dan-le tres palafrés muy bien ensellados,
E buenas vestiduras de peliçones e de mantos;
El conde don Remont entre los dos es entrado.
Ffata cabo del albergada escurriólos el castelano.
Hya uos ydes, conde, aguisa de muy franco,
En grados uos lo tengo lo que me auedes dexado:
Si uos viniere emiente que quisieredes vengalo,
Si me vinieredes buscar fallar-me podredes:
E si non mandedes buscar o me dexaredes,
De lo uuestro o de-lo myo leuaredes algo.
Ffolgedes ya, Myo Çid, -sodes en uuestro saluo:
Pagados uos he por todo aqueste anno:
De venir uos buscar sol non será penssado.
Aguijaua el conde, e penssaua de andar:
Tornando ua la cabeça, e catandos atras.
Myedo yua auiendo que Myo Çid se repintrá:
Lo que non ferie el caboso por quanto en el mundo iha:

La generosidad de que Rodrigo habia da-
do prueba, conmovió profundamente al con-
de de Barcelona, que hizo decir algun tiempo

después al Cid que deseaba ser su amigo y aliado. Rodrigo, que aún le guardaba rencor, rehusó al principio esta oferta, pero habiéndole hecho observar sus capitanes, que el conde á quien habian despojado ya de todo cuanto valia la pena, no era nada como enemigo y podia, por el contrario, ser un aliado útil, cedió al fin á sus consejos y consintió en celebrar un tratado con su antiguo adversario. Berenguer fué, pues, al campamento de Rodrigo, y firmado el convenio, colocó una parte de su territorio bajo la proteccion de su confederado (1), lo que equivale á decir que se hizo tributario suyo.

El principado de Tortosa siguió su ejemplo; á la nueva de la derrota de su aliado, Mondhir habia muerto de pena, dejando á un hijo de poca edad, cuya tutela habia confiado á los Beni-Betyr (2). Estos comprendieron que tenian necesidad de la proteccion del Cid y la compraron, mediante un tributo anual de cincuenta mil dineros. El Cid, mer-

(1) *Gesta*, p. XLI y XLII.

(2) É toviéronlo en guarda unos hijos que dezien de Betyr, fól. 323, col. 2. Como los historiadores árabes no hablan de estos personajes, ignoramos como deben escribirse sus nombres, pues hay muchos propios que se parecen á Betyr.

ced al terror que inspiraban sus armas, gozaba en esta época de una renta muy considerable, pues además de las sumas que le pagaban Berenguer y los Beni-Betyr, recibía cada año ciento veinte mil dinares (1) del príncipe de Valencia, diez mil del señor de Albarracin (2), otro tanto del señor de Alpuente (3), seis mil del señor de Murviedro, otro tanto del de Segorbe, cuatro mil del de Jericá y tres mil del de Almenara. Liria, que pertenecía al rey de Zaragoza y debía pagar dos mil dinares, no satisfacía aún este tributo (4). Sitiaba el Cid esta ciudad en 1092, cuando recibió cartas de sus amigos y de la reina de Castilla (5), en que le decían que sería fácil volver al favor de Alfonso, si quería tomar parte en una expedición que este último había preparado contra los Almora-

(1) Véase más arriba p. 156, nota primera.

(2) La *Crónica General* le llama *Abezay*, debe leerse *Abenhozayl*.

(3) Llamado por error *Abenrazin* en la edición de la *Crónica General*. Debe cambiarse la *r* en *c* y leerse *Abencazin*; así es como la *Crónica* llama además al señor de Alpuente (fólio 324, col. 4) y sabemos por Ibn-Jaldum (*Script. Arab. loci de Abbad*, t. II, p. 212) que los señores de Alpuente se llamaban los Beni-Cásim. Hoy lleva su nombre una aldea cerca de Castellón de la Plana, llamada todavía de Beni-cásim.

(4) *Crónica General*, fólio 323, col 1 y 2.

(5) Florez (*Reinas católicas*, t. I, p. 169), prueba que la reina Constanza vivía aún en 1092.

vides. Aunque Liria estaba ya á punto de rendirse, Rodrigo creyó, sin embargo, deber seguir el consejo que le daban, y puesto en marcha, se reunió con el emperador en Martos, al O. de Jaen. Alfonso que habia salido á su encuentro, lo trató con mucha cortesía, pero al entrar la noche, cuando hubo establecido su campamento en las montañas, se ofendió al ver que Rodrigo colocaba el suyo más adelante, en la llanura. Rodrigo al hacerlo se habia guiado solo por motivos de delicadeza; queria proteger al emperador contra un ataque y ser el primero en recibir el choque del enemigo; pero el emperador, léjos de verlo así, creyó hallar en este acto una nueva prueba de la arrogancia del Cid: «Ved, dijo á sus cortesanos, la afrenta que nos ha hecho Rodrigo: en el momento de reunirse á nosotros, decia que estaba fatigado por una larga marcha, y ahora nos disputa el paso y levanta sus tiendas delante de las nuestras!» Los cortesanos, como de ordinario, le dieron plenamente la razon. (1).

El éxito de la campaña no fué el más apropiado para mejorar el mal humor de Alfonso: trabado el combate entre Jaca y Granada, sus tropas consiguieron grandes victo-

(1) *Geeta*, p. XLII, XLIII.

rias al principio, pero mas tarde sufrieron una completa derrota y el mismo emperador escapó con trabajo de las espadas enemigas.

En la disposicion de ánimo en que se hallaba, Alfonso imputó naturalmente á Rodrigo la grave derrota que habia experimentado y en su cólera no se limitó á maltratarle de palabra, sino que quiso tambien hacerlo prender. El Cid se escapó sin embargo, aprovechándose de la oscuridad de la noche, y volvió á toda prisa hacia el país de Valencia; pero no reunió todos sus soldados, pues muchos de ellos lo abandonaron para servir al emperador (1).

Alfonso no pudiendo apoderarse de la persona de Rodrigo, resolvió castigarle de otra manera: quiso arrebatarle á Valencia: esta ciudad estaba completamente en poder del Cid, le pagaba tributo y, como se habia esparcido el rumor que el rey Cadir, gravemente enfermo á la sazón, habia dejado de existir, consideraba á Rodrigo como á su soberano (2). Atacar y tomar á Valencia era despojar al Cid la más hermosa de sus posesiones; herirle en la cuerda mas sensible de su amor propio; así lo compren-

(1) *Gesta* p. XLIV.

(2) *Crónica general* fól 323. col. 3; *Kitab-al-istifa*.

dió muy bien Alfonso y celebrando un tratado con los Pisanos y los Genoveses, que le enviaron cuatrocientos barcos, se aprovechó de la ausencia del Cid, ocupado entonces en sostener al rey de Zaragoza contra el de Aragón, para venir á sitiar á Valencia por mar y tierra, haciendo decir á los castellanos de la provincia que tenían que darle cinco veces el tributo que pagaban á Rodrigo. Este, tan irritado como lleno de asombro, hizo al principio protestas respetuosas; pero viendo que el emperador no hacia caso de ellas, recurrió á otro medio. Partiendo de Zaragoza con su ejército, cayó como el rayo sobre el condado de Nájera y Calahorra y llevando á sangre y fuego todo cuanto encontró al paso, tomó por asalto á Alverite, Logroño y Alfaro. Mientras se encontraba aun en esta última fortaleza, mensajeros del Conde García Ordoñez gobernador de esta provincia (1) vinieron á intimarle, en nombre de su dueño, que permaneciese allí solamente siete dias, al cabo de los cuales

(1) García Ordoñez es llamado conde de Nájera en una multitud de cartas que comprenden desde el año 1086 hasta 1106 y que han sido publicadas por Sandoval (*Cinco Reyes* folio 45 col. 4, 79, 3; 81; 1; 89; 3: 94; 2 y 3; 95; 1 y 2) Sota (folio 539 col. 2; 540, 1 y 2), Moret (*anales* t. II p. 30, 84) y Llorente (t. III p. 446, 448, 452, 462, 463, 472; t. IV. p. 5.)

vendría el conde á presentarle batalla: como García, segundo personaje del estado por el brillo de su origen (1) por su enlace con la familia real (2) por sus riquezas y eminentes servicios (3) habia sido siempre el implacable enemigo del Cid, este ardía siempre en deseos de castigarlo; por tanto le hizo responder que le esperaría; pero lo esperó en vano. Llegado á Alverite, García que habia mudado de consejo, volvió súbitamente hacia atrás. El Cid permaneció en Alfarro hasta la conclusion del plazo fijado por su enemigo, y, cumplido este, y viendo que no venía, se volvió á Zaragoza, sin esperar la llegada de Alfonso que habia levantado el sitio de Valencia para ir á defender su territorio (4).

La tentativa del emperador tuvo pues mal éxito; en vez de regocijarse con la ape-

(1) Véase mas arriba p. 13 nota 2.

(2) Había casado con Urraca, hija de García, rey de Navarra y prima hermana de Alfonso (Véase Moret t II, p. 30 Sandoval, 53, 4; testamento de Estefanía de Sandoval, *catálogo de los obispos de Pamplona* fol 60.

(3) El emperador le llama á él y á su muger Urraca *gloriæ nostri regni gerentes*, «latóres gloriæ regni nostri». (Llorente t. III. p 463, 472).

(4) *Gesta; Kitab-al-ictifa, Crónicon de Cardeña (España sagrada* t. XXIII p. 372, 373) bajo la falsa fecha era 1111, (año 1073) léase 1130.

tecida toma de Valencia, tuvo que deplorar la devastacion de una de sus propias provincias; devastacion que fué completa, pues el Cid, cuando se ponía á saquear y quemar, no hacía las cosas á medias; Logroño, por ejemplo, fué destruido de cimiento y pasaron tres años sin que el emperador pudiese pensar en reconstruir esta ciudad (1).



P. C. Monumental de la Alhambra y Gibralfaro
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Véase la *carta puebla* del año 1095 *apud* Llorente t. III, 470.

V.

Poco tiempo despues que el emperador levantó el sitio de Valencia, ocurrieron en esta ciudad acontecimientos gravísimos. Muy descontentos del yugo que el Cid les habia impuesto, los habitantes convinieron en que era preciso aprovecharse de la ausencia del tirano para reconquistar su independenciam y anunciaron publicamente su intencion de arrojar á Ibn-Faradj, lugarteniente del Cid. Ibn-Djahnâf, que desempeñaba en la ciudad el empleo de cadí, como lo habian desempeñado sus antecesores (1) durante muchos años, estimulaba el descontento. Este hombre aspiraba al poder supremo, pero conociendo que no era bastante fuerte para conseguir su fin sin el socorro ageno, se dirigió secretamente al general almoravid Ibn-Ayi-

(1) *Crónica general* fol. 324. col. 2, Ibn-Abdari t. II p. 251 habla de un Abderraman Ibn-Djahnâf, que fué cadí de Valencia, bajo el reinado de Hacám II.

cha, que acababa de apoderarse de Denia y de Murcia, (1) prometiendo entregarle á Valencia, si queria prestarle poderoso auxilio contra los empleados del Cid y los soldados de Cadir. Ibn-Ayicha, dando oidos á sus confidencias, le aconsejó hacer ocupar desde luego á Alcira, cuyo gobernador habia sabido ganarse. El general aprobó el proyecto é hizo que uno de sus capitanes tomase posesion de Alcira.

Este acto causó una profunda consternacion entre los cristianos establecidos en Valencia, y creyendo yá que la ciudad caería pronto en poder de los almoravides, emprendieron la huida; el obispo que Alfonso habia hecho colocar allí y á quien se debia pagar mil doscientas monedas de oro anuales, los empleados del Cid y el embajador de Sancho de Aragon se apresuraron á emprender la huida. Ibn-al-Faradj no sabia que hacer; no abandonaba un momento al rey. que aunque curado de su enfermedad, no se atrevia á mostrarse en público. Pero el caso era difícil y Cadir, el más débil de los hombres, no sabia nunca tomar una resolucion; sin embargo como era preciso hacer algo, el rey é Ibn-Faradj resolvieron enviar desde

(1) *Cartas* p. 101; *Crón. gener.* fol. 323 col. 3 y 4.

luego sus bienes y riquezas á Segorbe y Olocau y abandonar enseguida la ciudad; pero antes de ejecutar este último plan, quisieron esperar aun á que el Cid, á quien tenían al cabo de todo, viniese en su auxilio. Tres semanas hacia que lo esperaban, cuando un dia escucharon de repente redobles de tambores por el lado de la puerta llamada de Tudela; Ibn-al-Faradj preguntó lo que era, respondieronle que quinientos caballeros almoravides estaban á las puertas: entonces corrió al palacio del rey y guarneció las murallas de soldados.

El rumor habia sido exagerado, no habia quinientos caballeros delante de la puerta de Tudela, solo habia cuarenta (1); mandábalos el capitan Abul-Nair (2) que habia salido de Alcira al principio de la noche.

Sin embargo, como la mayoría de los habitantes estaban mal dispuesta, el peligro no era en modo alguno despreciable. El go-

(1) Ibn-Bassan atestigua tambien que esta tropa era poco numerosa.

(2) Asi es como lo llama el autor del *Kitab-al-ictifa*; en la *Crón. gener.* se lee *Aldebaaya*; mas de esta diferencia no se deduce que se contradigan los dos textos; el *Kitab-al-ictifa* no dá mas que el pronombre del capitan y la *Crón. gener.* parece dar su nombre propio, que está algo alterado. Por lo demás hemos seguido el relato de la *Crónica*; el del *Kitab-al-ictifa* difiere un poco.

bierno desconfiaba especialmente de Ibn-Djahláf, cuyas maniobras no habian quedado completamente secretas; quisieron prenderle, pero los soldados que se enviaron con este objeto, encontrando cerradas las puertas de su casa, le gritaron que saliese. El cadí temblaba de miedo y ya se juzgaba perdido, cuando sus conciudadanos vinieron á libertarle; entónces se puso á su frente, y mientras una parte de los insurrectos arrojaba á los soldados apostados sobre las murallas é introducía á los Almoravides por medio de cuerdas, que les arrojaban por encima de los muros, él en persona corrió hácia el palacio, donde hizo detener á Ibn-Faradj; pero en vano buscaron á Cadir: este desdichado príncipe tuvo tiempo para disfrazarse de muger, y llevando consigo sus más preciosos tesoros, habia salido del palacio con sus concubinas, para ir á ocultarse en una casa de pobre apariencia, situada en un barrio poco frecuentado. El palacio fué saqueado y la revolucion se llevó á término sin gran efusion de sangre, pues no hubo más que dos soldados muertos.

Ibn-Djahláf adquirió pronto la certeza que Cadir no habia abandonado la ciudad; lo buscó y habiéndolo encontrado, quiso apoderarse en secreto de las joyas que el

rey habia ocultado bajo sus vestidos y que eran de un inmenso valor; pero comprendiendo que, para ejecutar este designio, era lo primero matar al rey, encargó á uno de sus servidores más adictos que lo custodiase y lo asesinase al llegar la noche; sus órdenes fueron fielmente cumplidas: Ibn-Cadir recibió el golpe fatal de Ibn-al-Hadídí, á cuyos asedios habia expoliado ó dado muerte en otra ocasion (1). Los asesinos llevaron la cabeza de Cadir á su dueño, que la hizo arrojar en un estanque cerca de su casa, pero no le entregaron más que una parte de las piedras preciosas que ambicionaba, puesto que se creyeron con derecho para guardar el resto para sí. El cuerpo de Cadir permaneció en la casa donde se cometió el asesinato hasta el despuntar la aurora; entónces algunos hombres vinieron á tomarle y habiéndole puesto en una camilla, lo cubrieron con una gualdrapa vieja y lo llevaron fuera de la ciudad; luego abrieron una fosa en un sitio, que

(1) Tomamos estas noticias de Ibn-Bassám. Segun el *Kítáb-al-ictifa* (*Script. Arab. loci*, t. II, p. 17) el faquí Abu-Ber Ibn-al-Hariri (*al-ariri*) fué muerto en un tumulto que estalló en Toledo durante la noche, en la época en que Cadir reinaba aún en esta ciudad; quizás deba leerse Ibn-Ahadidi, en cuyo caso este personaje hubiera pertenecido á la misma familia del asesino de Cadir.

ocupaban ordinariamente los camellos y sepultaron el cadáver sin amortajarlo, como si Cadir hubiese sido un hombre de la nada.

(1) (Primera mitad de Noviembre de 1092).

Desde entónces Valencia era una república gobernada por el Djamâa, es decir, por la asamblea de los notables. Córdoba y Sevilla no habian tenido otra forma de gobierno despues de la caída de los Omeyas y se establecia casi siempre en las ciudades de la España árabe cuando el trono estaba vacante; pero rara vez era de duracion: ordinariamente se encontraba pronto un miembro del poder ejecutivo, que, merced á su habilidad y á su audacia, conseguia echar á sus colegas y apoderarse del poder supremo; esto es lo que el cadí Ibn-Abbád habia hecho en Sevilla y en Valencia Ibn-Djahháf, presidente de la república, aspiraba á desempeñar el mismo papel (2), pero desprovisto de talento, no lo consiguió. Era un personaje vulgar, pueril, teatral y vano; no pudiendo ser rey, quiso á lo ménos parecerlo; su hotel siempre estaba lleno de secretarios, poetas y guardias, y cuando recorría la ciu-

(1) *Crónica General.*

(2) Ibn-Jacân, en su capítulo sobre Ibn-Tahir, lo atestigua en términos muy formales.

dad á caballo, rodeado de un soberbio cortejo, su ridículo orgullo se encontraba agradablemente lisonjeado por los gritos de alegría que daban las mujeres, puestas en fila para verlo pasar. Estas aclamaciones y estos homenajes eran para él lo más esencial, y le concedía más importancia que á los asuntos del Estado; sin embargo, y apesar suyo se vió muy pronto obligado á pensar en cosas más serias.

Los servidores del rey asesinado habian emprendido la huida; algunos se dirigieron á Cebolla (el Puig) acompañado de los soldados de Ibn-al-Faradj, otros fueron á buscar al Cid en Zaragoza y le contaron lo ocurrido: Rodrigo partió al momento y marchó enseguida hácia Cebolla; todos los emigrados se le reunieron entónces, le juraron fidelidad y se pusieron enteramente á su disposicion; pero el gobernador de Cebolla, vasallo de Ibn-Câsim, señor de Alpuente, figurándose que tambien para él habia sonado la hora de la redencion, se negó á dejar el paso franco al ejercito del caballero castellano. Este se vió, por lo tanto, obligado á sitiarlo y mientras lo hacia, envió á Ibn-Djahháf una carta, diciéndole en ella entre otras cosas:

«Habeis hecho una accion villana...»